

La Casa
del
Lago Patria

BRUNO HAYWARD

1925-1955

I

MADRID

1952

No serían más de las cinco de la mañana cuando Bruno Hayward abrió los ojos. Tardó unos segundos en darse cuenta del lugar en el que se encontraba. ¿Estaría soñando? Unos fuertes golpes y un insistente timbre, que provenían de la puerta de entrada, llamaron su atención. No, no lo había soñado, todo lo que veía era tan real como incomprensible. Las dos lámparas del salón se encontraban tiradas sobre la alfombra, una junto a él, encendida, la otra apagada. Los golpes se repetían, ahora con más intensidad.

Poco a poco, aguantándose las ganas de vomitar y con la cabeza dándole vueltas, se puso en pie.

—¡Abra, policía!

“¿Policía?”

De camino hacia la puerta miró en torno. Lo que sus ojos le mostraban y su aturdida cabeza le traducían, le dejó sin respiración. Las paredes estaban salpicadas de sangre. Un enorme charco junto al lugar donde había estado tumbado unos segundos antes brillaba con la luz del techo. Se miró las manos, estaban tan manchadas como su pijama.

“Pero...”

Un grito desgarrador salió de su garganta.

—¡Nora!

Corrió hacia su dormitorio. Esa era su intención inicial, pero el fuerte dolor de cabeza y el intenso mareo le hicieron perder el equilibrio al pisar en la alfombra, arrastrando en su caída un armario con puertas de cristal y platos en su interior.

El ruido de la vajilla al caer llegó hasta el exterior.

—¡Policía! ¡¡Abra la puerta!!— los gritos fueron acompañados de golpes cada vez más intensos. Bruno entendió que estaban tirando la puerta abajo, pero ahora tenía otras preocupaciones.

Se incorporó más lento de lo que hubiese deseado, apoyándose en las paredes del pasillo llegó a su dormitorio.

—¡Nora!— gritó nada más entrar.

Inmóvil, bajo el dintel de la puerta, recorría con la mirada el desorden que reinaba en su habitación. Todo estaba revuelto, la cama deshecha, con manchas de sangre en el lugar que le gustaba ocupar a su mujer. Las paredes salpicadas, la mesilla de noche de Nora volcada junto con la pequeña luz.

“¿Qué está pasando?”

Su cabeza era incapaz de enviarle una mínima información que pusiera algo de sentido a toda esa locura. Tras revisar el baño, salió corriendo hacia el cuarto de su hija. El corazón amenazaba con salirse del pecho. No, no estaba preparado para ver lo que su imaginación le proyectaba.

Abrió la puerta de golpe.

—¡Teresa!

La cama también deshecha, y vacía.

“Al menos no hay ni rastro de sangre”

Los golpes de la puerta, que esta vez sí que amenazaban con echarla abajo, captaron de nuevo su atención. Aturdido y con paso cansino, anduvo los pocos metros que le separaban de ella y abrió. Varios agentes de policía y algunos vecinos ocupaban lo que su vista alcanzaba a ver. Detrás de ellos, Aparicio el conserje, elevado sobre las puntas de sus zapatos se esforzaba en no perder detalle.

Con el puño aún en el aire, tras dar el último golpe con los nudillos, el policía le miraba de hito en hito, posando la vista en sus manos y en las manchas del pijama.

—Señor, los vecinos nos han alertado debido a fuertes golpes y gritos que partían de su vivienda— señaló el agente.

La pertenencia de Bruno a una de las familias consideradas por los agentes como de bien, junto con la localización de su vivienda en el barrio de Salamanca, de alto nivel social, impidió que fuese sacado en volandas y arrastrado al furgón de la policía que esperaba frente al portal.

Bruno permaneció en silencio mirando al agente, su cabeza buscaba algo que contestar. No sabía a qué ruidos se referían sus vecinos y menos aún los gritos que aseguraban haber oído y que provenían de su propia casa. Pero en cuanto entrasen sabía que su vida iba dar un giro completo, a no ser que se le ocurriera alguna explicación plausible a la desaparición de su mujer, su hija y al estado en que se encontraba su vivienda. A todo esto habría que añadir su propio aspecto.

No, no tenía ni la más remota idea de lo sucedido. Por lo que a él respecta se encontraba soñando. Un sueño complicado, sin duda. Una auténtica pesadilla de que esperaba despertar de un momento a otro. Se echó a un lado y dejó pasar a los agentes.

Ese momento no llegó.

Bruno Hayward fue detenido unas horas después. Como él había supuesto, su vida iba a cambiar como nunca antes hubiese podido imaginar. El escenario encontrado por la policía le puso en una situación más que complicada. Lo que acentuó aún más si cabe su condición de culpable fue su silencio. No pudo aportar ni un solo dato que explicara, al menos en parte, lo sucedido. Ni siquiera el paradero de su mujer y de su hija.

Desde el instante en que apagó la luz tras dar un beso de buenas noches a Nora no contaba con ningún recuerdo que añadir.

“¿Apagué la luz?”

No, ningún recuerdo, nada que añadir.

Hasta que un día, años después, recibió una carta. Una carta que iba a dar un vuelco a su vida, la chispa que necesitaba para salir del profundo agujero en el que continuaba cayendo desde aquella fatídica noche en la que su mujer e hija desaparecieron sin motivo aparente.

MADRID

1925-1936

John Hayward estaba feliz. Unas pocas horas antes, su esposa Candela había dado a luz a su primogénito. Le llamarían Bruno, en recuerdo de su suegro fallecido el año anterior. El recién nacido inauguraba la segunda generación de los Hayward en España. Su abuelo, Martin, había llegado a Madrid, desde Londres, a finales del siglo pasado en un viaje de negocios durante el cual conoció a la que meses más tarde se convirtió en su mujer, Maura.

El parto no había sido muy complicado en opinión de su madre. La sensación del propio John era diferente, los gritos de Candela eran para él como gritos de impotencia, de su propia incapacidad para aliviar, aunque fuese levemente, los dolores de su mujer. Otros gritos, esta vez de su hijo, cambiaron la expresión de angustia por una feliz sonrisa. Todo había pasado.

—A tus veinticuatro años ya eres papá. Felicidades, hijo— exclamó Martin con una copa en la mano.

—Y tú, abuelo— apuntó mientras se fundía en un abrazo con su padre.

Con un ligero levantamiento de ceja, el abuelo Martin señaló en dirección a su mujer, que se abrazaba emocionada a Francisca, el ama de llaves.

—Madre, no llores— John recorrió los pocos metros que le separaban de ella.

Maura se volvió aún con lágrimas en los ojos.

—Soy tan feliz hijo, tan feliz.

El sonido de la puerta del dormitorio al abrirse generó un súbito silencio en la familia, todos los presentes se giraron en dirección a ella. Cuando el doctor salió acompañado de la comadrona, John, sus padres, la doncella, que en ese momento volvía de atender el timbre de la puerta, junto con el ama de llaves, avanzaron hasta rodearles pendientes de lo que tuvieran que contar.

—Todo ha salido bien, la madre y el niño se encuentran en perfecto estado...

—¡Es un niño!— exclamó la abuela Maura.

—Sí, un precioso bebé —continuó la comadrona— ahora la madre necesita descansar ¿no es así doctor?

John no necesitaba oír más, abandonó el grupo y en un par de pasos se acercó a la puerta que despacio, muy despacio, fue abriendo a la vez que asomaba lentamente la cabeza con temor a despertar a su mujer.

—Pasa, John. Bruno y yo te estamos esperando— indicó Candela a la que el cansancio no le había impedido dibujar una enorme sonrisa en su rostro.

El pequeño Bruno vivió en esa casa durante sus primeros once años de vida. Asomado en cualquiera de los balcones del salón o del comedor, podía contemplar el Retiro. Su lugar preferido era la habitación en la que su padre se sentaba a leer. Junto a la ventana se ponía de rodillas, apoyaba la cabeza entre los barrotes, y, agarrado a ellos, contemplaba el enorme patio interior que albergaba las caballerizas y el garaje. Cada mañana a las seis y media, Bruno abría los ojos como si tuviese un despertador en su cabeza, y cuando oía que John se marchaba a trabajar, saltaba de la cama, evitando hacer ruido abandonaba la habitación. Arrastrando los pies por el amplio pasillo avanzaba todo lo rápido que podía cuidando de que el crujir de la madera no le delatase. No sería la primera vez que Francisca con ese fino oído del que se vanagloriaba tener, le descubriría a escasos metros de su destino.

La sala de lectura.

Una vez en ella se sentía a salvo, las mullidas alfombras que cubrían el suelo ahogaban sus pasos. Una vez instalado entre los barrotes de la ventana, contemplaba como su padre aparecía en el patio, y a continuación subía al coche, o al carruaje, según el día, tras saludar a Manuel, mientras éste empujaba la enorme puerta de acceso a la calle, al menos a Bruno le parecía gigante. Desde su escondite podía distinguir las volutas de humo que partían del pitillo que fumaba su padre. Segundos después le veía partir rumbo a uno de los despachos de abogados más prestigiosos de Madrid, Hayward & Corona, del que era socio junto al abuelo Martin. Pero antes de llegar sabía que haría una parada en un lugar muy especial para el pequeño Bruno.

De vuelta a su habitación, y con el mismo sigilo que le había llevado a la sala de lectura, imaginaba cual iba a ser la primera parada que su padre iba a realizar esa mañana, como muchas otras. Él le contaba que solía detenerse en la otra empresa familiar, a la que le unía un sentimiento muy diferente del que le podía provocar la oficina; una moderna fábrica de juguetes situada en la calle de Regueros, que había adquirido unos pocos meses antes de que él naciera. No le costaba imaginarse a su padre dar una vuelta por las instalaciones y saludar a los empleados de cada planta, con los que le gustaba reunirse de vez en cuando para conocer de primera mano la situación personal de cada uno de ellos, poco después pondría rumbo a la calle Gran Vía, dónde tenía el despacho.

Una de las pasiones favoritas de Bruno era acompañar los sábados a su padre a la fábrica de juguetes. Con nostalgia se acuerda de un Renault, como el primer coche en el que subió, y después un Cadillac, aunque este último a su padre no le duró mucho. John siempre se quejó de que consumía demasiado, se lo devolvió al vendedor al que se lo había comprado unos meses antes. El siguiente fue un Ford. Entre uno y otro el medio de transporte más utilizado y emocionante fue el carruaje.

Con el paso del tiempo los recuerdos de Bruno se perdían entre nebulosas, sin embargo, había dos que difícilmente podría olvidar. Uno, cada vez que su padre abría un pequeño armario en su despacho de la fábrica. Sabía que estaba a punto de recibir un nuevo juguete. John lo escondía detrás de él, sonriente tomaba asiento junto Bruno sin dejar de contemplar la cara de curiosidad de su hijo. Momentos después le

entregaba el paquete en silencio sin decirle en qué consistía, quería observar si Bruno era capaz de comprender como funcionaba y hasta qué punto podía hacer disfrutar a otros chicos de su edad, como si estuviera poniéndolo a prueba. Al juguete, no a su hijo que ya había dado muestras de ser un crío muy espabilado.

El segundo recuerdo era de esos que se queda grabado en la mente de un niño para toda la vida. Fue impactante, como si para el pequeño Bruno hubiera un antes y un después de la mañana de ese sábado.

De ese maldito sábado.

Bruno nunca lo olvidaría. Motivos no le faltaban. Ese día iba a ser muy especial, pero no de la forma que a él le hubiese gustado que fuera. Como todos los días, excepto en domingo, su padre salía a primera hora a realizar su recorrido habitual.

Él no se lo iba a perder.

En torno a las diez de la mañana, Candela montó en el carruaje junto con sus hijos Antonia y Bruno. En esta ocasión les acompañaba Pepo, hijo de Manuel que se había convertido en el mejor amigo de Bruno. Iban a pasar el día fuera, celebrarían el cumpleaños de la niña en un restaurante, con su comida favorita, macarrones con tomate, y después irían al cine.

No era ese el único motivo por el cual ese sábado Candela iba a la fábrica. John quería que diese su visto bueno a la nueva tienda de juguetes que iban a inaugurar a un par de manzanas de distancia. Aunque su hijo mayor contaba ya ocho años, a ella no le quedaban tan lejanos los días en los que compartía muñecas con sus primas. Conservaba a buen recaudo algunas de ellas en el desván. Pronto cumpliría los veintinueve y la fábrica le traía gratos recuerdos.

Por el camino los niños asomaban la cabeza por las pequeñas ventanas del carruaje señalando aquí y allá, divertidos. Era un soleado día de primavera, pero a estas horas de la mañana aún hacía frío, por ese motivo había preparado unas mantas que les cubrieran las piernas durante el trayecto, pero con el constante movimiento de los niños era misión imposible. No le importaba, verles tan felices le hacía sentirse bien.

Sin embargo, sí que había algo que a Candela le agobiaba cada día más. Algo que poco a poco iba en aumento; el tráfico de Madrid. Comenzaba a ser insoportable tanto coche de un lado a otro y ia qué velocidades!

“¿Dónde iremos a parar con tanto tráfico?”

Antonia era la primera vez que visitaba la fábrica teniendo consciencia de dónde iba, acababa de cumplir cuatro años. Entre ambos partos Candela había sufrido dos abortos. De las anteriores visitas, la pequeña no guardaba ningún recuerdo. Cuando su madre le regaló una muñeca unos pocos días atrás, le susurró muy bajito en su oído:

—Tengo un secreto ¿Quieres saber de qué se trata?

Secreto, palabra mágica que atrae la atención de todos los niños y no tan niños. Antonia asintió repetidas veces, en silencio, sin soltar la muñeca que tanta ilusión le había causado

—La muñeca la ha hecho papá.

Su primera reacción fue fruncir el entrecejo, luego levantó los hombros y subió las cejas como si acabara de comprender lo que eso significada. Miró a su padre que leía el periódico y sonrió.

—¿Quieres que vayamos el sábado al lugar dónde papá hace las muñecas?

¡Cómo para decir qué no! Desde ese momento, su nueva muñeca, Eva, de Evarista, pasó a ser su tesoro más querido, del que a duras penas se desprendía para irse a dormir.

Bruno seguía recordando ese maldito sábado.

Los caballos fueron los primeros en advertir que algo sucedía. Sus relinchos y nerviosismo avisaron a Manuel, el cochero, que trabajaba para el abuelo Martín “de toda la vida” como decía Bruno a sus ocho años. Un par de manzanas antes de llegar detuvo el carruaje. Una columna de humo se elevaba entre los edificios.

—¿Manuel, qué sucede?— quiso saber Candela asomando la cabeza justo en el momento en que divisó el humo gris y un par de coches de bomberos les adelantaron haciendo sonar sus campanas.

“Dios mío” exclamó para sí al comprobar el lugar de procedencia del fuego.

Sin esperar a que Manuel respondiese se volvió hacia los tres pequeños.

—Quiero que no os mováis de aquí ¿entendido?— ordenó lo más seria que pudo mirándoles fijamente— Obedeced a Manuel en todo lo que os diga. Vuelvo enseguida.

Sabiendo que la situación no estaba para bromas, los tres pequeños asintieron en silencio. Bruno miró a su hermana, la cogió de la mano y volvió de nuevo la vista satisfecho hacia su madre como diciendo, “ya la tengo”. Antonia, con su mano libre, apretó aún más, si cabe, a Evarista contra su pecho y puso morritos. Pepo se pegó a su mejor amigo, el único que siempre le había defendido cuando en la calle o en el colegio los demás niños se metían con él. El motivo eran sus zapatos. Uno, el derecho, con alza para compensar la longitud diferente de sus piernas con las que Pepo había venido al mundo. Simplemente era eso, ser distinto a los demás chicos de su edad.

—Manuel, quédese con los niños, voy a ver qué sucede.

Con la mano izquierda en la cabeza, sujetando el sombrero y la derecha recogiendo la falda, Candela salió corriendo. Dobló por la primera calle a la derecha, recorrió la manzana esquivando como podía a la gente que atónita levantaba la vista en dirección a la columna de humo. La siguiente calle a la izquierda era la de Regueros. La juguetería estaba justo enfrente. Nada más asomar la cabeza llevó las manos a la cara.

—¡¡No!!

Sentía como su corazón comenzaba a latir más y más rápido.

De la primera planta de la fábrica partía una enorme nube de humo negro junto con pequeñas llamaradas, que se elevaba hacia el cielo.

—Señora, no puede pasar— advirtió un policía sujetándola por los hombros.

—¡Hay personas trabajando ahí dentro! ¡Mi marido, empleados!— exclamó apartando al agente. No le sirvió de mucho, otros dos policías le cerraron el paso un par de metros más adelante. Uno de ellos le señaló un grupo al otro lado del cordón policial. Candela siguió con la mirada la indicación.

—¡Gracias!— asintió feliz mirando al policía mientras corría en esa dirección— ¡John! ¡John!

Al llegar junto a su marido se abrazó a él. No pudo evitar que se le escapasen unas lágrimas.

—¿Estás bien?— preguntó aún asustada.

—Sí, muy bien. No te preocupes.

—¿Los demás? ¿Algún herido?

—A Juan y a Pedro se los han llevado al hospital por precaución, estaban algo intoxicados por el humo. Voy a hacerles una visita.

—Te acompañaré— convino pasando sus manos por la cara— Perdona las lágrimas, pero me imaginé que...

—Mira...— le cortó su marido mientras elevaba levemente la barbilla señalando a unos pocos metros de ella—...no eres la única que llora.

Ahí estaba Bruno, se había escapado de Manuel en cuanto vio que su madre se perdía por la primera esquina. Conocía bien dónde estaba, era la misma calle dónde cada sábado desayunaba con su padre después de visitar la fábrica. El cochero, ante la duda de seguirle o permanecer con la pequeña Antonia y su hijo, optó con buen criterio por esta última opción.

Quieto, con los brazos estirados a lo largo del cuerpo, su cabeza apuntando al cielo y con dos regueros de lágrimas recorriendo su cara, Bruno Hayward observaba como ardía la fábrica de juguetes.

Su fábrica de sueños.

La principal preocupación de John y su familia, con el abuelo Martin al frente, durante los meses siguientes al incendio, fue recolocar a los treinta y cinco empleados mientras duraba la reconstrucción de la fábrica. Para llevar a buen puerto sus planes contaron con la colaboración de varios clientes de su despacho de abogados y la creación de un nuevo puesto de trabajo en sus cinco jugueterías. Ahora se podían llevar todos los juguetes adquiridos en sus tiendas, también admitían otros no hechos por ellos, para ser arreglados. De esta manera diez de sus técnicos se repartieron por las diferentes jugueterías.

La reconstrucción no iba a ser fácil, otro incendio de menor nivel que el anterior, posiblemente provocado en opinión del jefe de bomberos, retrasó durante varios meses las obras que se llevaban a cabo. A lo que hubo que añadir la orden de detener los trabajos hasta que se realizase una inspección del ayuntamiento que diera el visto bueno a la reconstrucción, ya que se consideraba que dos incendios tan seguidos eran motivo de sospecha.

John estaba de acuerdo con el punto de vista del inspector del ayuntamiento.

—No somos usted y yo los únicos que pensamos de ese modo, el jefe de bomberos llegó a la misma conclusión pero no supo señalar ningún culpable ¿Y usted? ¿Sabría decirme de quién podemos sospechar, inspector?— quiso saber sin la más mínima sorna en su comentario.

Como respuesta recibió una fría mirada y un leve gesto de cabeza mientras el funcionario se calaba el sombrero y abandonaba la fábrica. John le observó mientras se alejaba. Algo le decía que sus palabras habían tenido un efecto con el que no contaba. Quizá sólo fuesen suposiciones de un hombre alterado por los acontecimientos. Posiblemente no tendría importancia.

O quizás sí.

Con el objeto de no perder ni momento y vigilar las obras, fueron numerosos los días que John y varios de sus empleados pasaron la noche en el Hotel Paris en la Puerta del Sol. Siempre había alguien de guardia en la fábrica, no se podían permitir otro incendio.

Sin embargo, no sería un fuego, provocado o no, lo que daría al traste con la fábrica de los sueños de Bruno.

Al fin llegó el día esperado, no el deseado por John que era inaugurar en la Navidad de 1935. No pudo ser a causa de esa inspección y se vio obligado a no abrir sus puertas hasta primeros de febrero del año siguiente. Como parte de la celebración, los Hayward invitaron a los empleados con sus respectivas esposas al Cine Palacio de la Música donde proyectaban la película La Pequeña Coronela, de la famosa y jovencísima actriz Shirley Temple.

La alegría no iba a durar mucho...

—¿Qué sucede, John?— quiso saber Candela, unos días después, al observar el gesto sombrío de su marido después de una larga jornada de trabajo.

—Se nos va de las manos, Cande— sentado en su sillón favorito, el padre de Bruno se frotaba los cansados ojos.

—¿Otra vez?— más que una pregunta, se trataba de una afirmación.

John asintió en silencio mientras encendía un cigarrillo con parsimonia.

Otra vez.

En los escasos cuatro meses que la fábrica de juguetes llevaba abierta de nuevo, diez fueron las huelgas generales convocadas por los sindicatos entre sus trabajadores, que se vieron obligados a secundarlas por temor a represalias. En numerosas ocasiones John y Martin se reunieron con los empleados para comprobar si tenían alguna queja sobre su jornada laboral, condiciones o cualquier otro asunto. Excepto en la última reunión, dos días atrás, nadie mostró su descontento por situación alguna. Ese día, dos de los últimos empleados en ser contratados acusaron a los Hayward de abusar de todos ellos, de explotarles. Aquella reunión terminó entre golpes. Algo que ni a John ni a Martin les hizo las más mínima gracia, ni siquiera cuando fueron defendidos por sus empleados, y los dos alborotadores expulsados a empujones y algún que otro puñetazo.

Desde ese día, la fábrica abría sus puertas con varios de sus cristales rotos, a todo ello había que añadir hoy otra huelga más, esta vez se trataba de una convocatoria general.

—Entre todos nos van a llevar a la guerra— murmuró el abuelo Martin mirando por la ventana.

—¡Te he oído! ¡No digas eso ni en broma! ¿Me oyes?— exclamó su mujer, Maura, mientras hacía punto con gesto alterado. Llevaba inquieta varias semanas, sabía que a su marido no le faltaba razón.

—Los extremistas están poniendo a este país contra las cuerdas— insistió Martin— tanto los de un lado como los de otro. No sé dónde vamos a ir a parar.

No iban a tardar mucho en descubrirlo.

El timbre de la puerta, primero, y el ruido de unos pasos nerviosos, después, atrajeron la atención de los presentes en la sala de lectura. La puerta se abrió de golpe.

—¡Han asesinado a Calvo Sotelo!— Benigno, fiel amigo de Martin, entraba casi sin aliento, seguido de su esposa.

—¿Cómo dices? ¿Estás seguro, Benigno?

—Sí, amigo mío. La noticia corre como la pólvora. En la madrugada de ayer encontraron su cadáver en el depósito del cementerio del Este.

—Es la venganza por el asesinato de Sáez de Tejada— concluyó Martin, cabizbajo.

Dos días más tarde comenzaba la Guerra Civil española. Las noticias de los diferentes levantamientos se iban sucediendo. Madrid se preparaba para resistir el más que inminente ataque de los sublevados.

Los Hayward trasladaron el despacho de abogados a la calle Velázquez, más próxima a su casa que la Gran Vía, con el objeto de estar junto a su familia y evitar transitar por la ciudad.

—No me gustaría una España fascista, papá— señaló John días después durante una charla familiar.

—Recuerda que a tu tía María la asesinaron por ser monja y a tus tíos de Barcelona, con los niños...—exclamó Maura con la voz entrecortada al recordar como un grupo de campesinos armados por los sindicatos entraron en la finca de su hermano, cerca de Barcelona, tras incendiar la casa asesinaron a tiros a cada miembro de la familia y del servicio.

—Sí, mamá, lo sé, tampoco quiero eso.

—A mi no me gusta que me gobiernen con un golpe de estado, hijo, pero tengo muertos en los dos bandos. Lo único que quiero es vivir en paz y que esta maldita guerra termine cuanto antes.

Estas conversaciones se sucedían cada día. La guerra se iba alargando más de lo inicialmente esperado. Las noticias que llegaban en las primeras semanas apuntaban en esa dirección, Madrid sería tomada en breve, debido a la poca organización existente, explicaba el abuelo Martin a su familia.

—Ojalá termine todo esto cuanto antes— rogó Maura. Ya sumaban más de quince los familiares muertos.

Sin embargo, lo que apuntaba a una conquista inmediata de la capital, se retrasó debido a que las tropas de Franco que procedían de África, en lugar de continuar hacia Madrid se desviaron hacia Toledo con la intención de unirse a las tropas que defendían el Alcázar. Madrid aprovechó para organizarse y enfrentarse al inminente asedio. Con el paso de los meses la escasez de alimentos iba haciendo mella en la población. El miedo se iba apoderando de la gente. Grupos de milicianos recorrían los barrios buscando afines al mando sublevado. Bastaba con el chivatazo de un descontento para que en plena noche sacaran de su casa al sospechoso para ser darle el temido paseo.

Los Hayward no iban a ser menos.

Serían las tres de la mañana cuando unos fuertes golpes, seguidos de no menos enérgicos gritos levantaban de la cama a la familia Hayward. Francisca, el ama de llaves, fue la primera en alcanzar la puerta.

—¡Se lo han llevado! ¡Se lo han llevado!— gritaba Maura al entrar en la casa— ¡Se han llevado a tu padre!— con la cabeza sobre el pecho de su hijo no dejaba de llorar.

—¿Quién se lo ha llevado?— quiso saber mientras ponía sus manos en los hombros de su madre para separarla suavemente.

—Vinieron hace una hora en nombre de la Guardia Civil, decían. Se lo han llevado detenido, hijo.

—¿Han dicho de qué le acusaban?

—¡De estar con los sublevados! ¿Se han vuelto locos?— exclamaba Maura fuera de sí.

Asonados tras la puerta de su habitación, los pequeños Bruno y Antonia escuchaban las explicaciones de la abuela Maura. Minutos después, John abandonó la casa acompañado de su madre camino de la comisaría.

Ni esa noche, ni la siguiente, ni ninguna otra noche durante los siguientes años, nadie les supo dar una explicación alguna del destino que había corrido Martin Hayward.

Nadie. Ni un solo dato.

Nada.

Un mes después de que se llevaran al abuelo, mientras la familia de John se encontraba cenando, unos gritos y golpes que provenían del descansillo les hicieron prestar atención a lo que sucedía junto a la puerta de su casa.

—¡Alto!— se oyó una enérgica voz, segundos después varios disparos, y silencio.

John dejó la servilleta junto al plato y se puso en pie.

—Quedaos aquí—indicó a su familia— voy a ver qué sucede.

—John por favor no...

Más golpes, esta vez en la puerta de su casa interrumpieron la súplica de Candela. Francisca permaneció con los pequeños, que asustados miraban de un lado a otro sin soltar la cuchara de la sopa de su mano que descansaba, con el pequeño puño bien apretado, sobre la mesa.

John abrió la puerta. Al reconocer a dos de los que allí se encontraban, comprendió que su situación se podía volver peligrosa.

No se equivocaba.

—¡Ese es!— con el brazo estirado un individuo moreno con mirada amenazante señalaba en su dirección.

—¿Estás seguro?— uno de los Guardia Civiles que le acompañaban se volvió hacia el delator.

—Sí, ese es el fascista, el explotador—convino su compañero— Trabajamos para él.

—¡Sois unos malditos desagradecidos!— soltó Candela fuera de sí. Había seguido a su marido, y agarrada a su brazo observaba a los dos antiguos empleados de la fábrica de juguetes.

John puso el brazo delante de su mujer para evitar que empeorara las cosas.

—No te preocupes. Seguro que se trata de un malentendido. Entra en casa y cierra la puerta— tras estas palabras dio dos besos a su mujer y se dispuso a acompañar a la Guardia Civil.

En esta ocasión fue Candela la que se presentó en casa de su suegra. Juntas acordaron hacer una visita a la comisaría en busca de información. Lo único que encontraron fue un muro infranqueable en el agente de la entrada.

—Señora, es posible que su marido regrese en unas horas, si todo ha sido un error como dicen ustedes, o que pase la noche en el calabozo. Váyanse a dormir.

—¡Le exijo...!— exclamó Maura enfurecida.

No llegó a terminar la frase. La mano de su nuera sobre el antebrazo tirando de ella le convenció que quizá fuese lo mejor para los intereses de su hijo no agravar aún más la situación.

A la mañana siguiente John no había regresado. Candela y Maura se acercaron de nuevo a la comisaría. El cada vez más rápido e intenso latido de sus corazones les hacía revivir lo mismo de las últimas treinta noches; la espera del abuelo Martin.

Regresaron tal y como habían salido.

Asustadas y sin información.

—No estoy dispuesta a perder a mi marido y a mi hijo, Cande— señaló Maura al salir de casa otra mañana más camino de la comisaría.

La familia Hayward había contactado con todos aquellos que les podían ayudar a encontrar a Martin. Unos se mostraron esquivos, no querían problemas, otros no fueron capaces de aportar la más mínima información que indicara donde podía estar retenido.

Ambas sabían que esa gente no iba a hacer más por John.

—Sigue detenido, señoras. Les vuelvo a repetir lo mismo que ayer y antes de ayer y el día anterior. Mañana será juzgado. Son muchos los detenidos y no damos abasto —señaló molesto el oficial— Ahora si me permiten seguir con mi trabajo...

Las dos mujeres regresaron de nuevo a la mañana siguiente. Esta vez sí que tendrían noticias de John que ya llevaba cuatro noches encerrado en los calabozos. Después de varias horas de espera abrieron la puerta de la maloliente y sucia habitación donde aguardaban.

—Sígueme— ordenó el agente sin levantar la vista de unos papeles.

Nerviosas y agarradas del brazo siguieron al hombre cabizbajas. Ambas pensaron que las iban a echar a calle. No sería la primera vez. Pero hoy le juzgaban y no tenían la más mínima intención de irse así como así.

Lo primero que vieron fue a dos hombres abrazados. Uno de frente sonriendo, al que Candela conocía bien. Otro de espaldas, el hombre por el que llevaban cuatro días enteros sentadas en la apestosa sala de espera. Un tercero se mantenía al margen, mirándoles.

—¡John!— exclamó corriendo hacia su marido.

—¡Candela! ¡Madre! ¿Pero qué hacéis aquí?

Fuera del cuartelillo, camino de un bar cercano, John les contó que gracias a los testimonios de Marcial, su hombre de confianza en la fábrica de sueños de Bruno, y a su hijo Gabriel, que también trabajaba en ella, le habían soltado sin cargo alguno, pero no sin reproches.

—Te estaremos vigilando Hayward— amenazó uno de los individuos que le había delatado.

—Perdéis el tiempo con él —intervino Marcial— somos muchos los que estamos en deuda con el señor Hayward y su familia.

—Sois unos rastros— apuntó el otro delator.

Marcial agarró por el cuello al último que había hablado aprovechando que estaban en el pasillo del cuartel y lo empujó contra la pared. Mientras, su hijo Gabriel le hacía un gesto a otro individuo para que se mantuviera al margen.

—Por tu bien, procura que no les pase nada a ninguno de la familia de don John —escupió a medio centímetro de su cara mientras le presionaba la garganta con su antebrazo— o de lo contrario ninguno de los dos encontraréis un lugar donde esconderos ¿Estamos?

Por respuesta obtuvo silencio y una mirada que le pareció reflejar si no miedo, sí respeto. Pero sobre todo, que estaba ante alguien de quién debería guardarse bien las espaldas.

—Déjalo, Marcial, no merece la pena— intervino John.

—Sé lo que me digo— afirmó clavando la mirada en el individuo que acaba de soltar. Momento que aprovechó éste para estirar su chaqueta y junto con su compañero encaminarse hacia la salida. Tras recorrer un par de metros, se volvió:

—Esto no quedará así

—De ti depende, recuerda lo que te he dicho. Avisados estáis los dos—Marcial hizo un especial énfasis en *los dos*.

Mientras tomaban café el que fuera encargado de la fábrica de juguetes tomó la palabra:

—La guerra es mala cosa. Al final pagarán más inocentes que culpables. Están juzgando a la gente sin criterio y...

En ese momento Marcial se dio cuenta de que la familia Hayward aún buscaba al abuelo Martin, sin resultado alguno.

—Señora, si puedo hacer algo por su marido, si me entero de dónde está...

—Lo sé, lo sé— cortó Maura colocando su mano sobre el brazo del encargado.

La vuelta a casa fue todo lo feliz que se puede esperar de una situación de este tipo. La felicidad distaba mucho de ser completa, faltaba uno de la familia. El abuelo Martin.

Para los dos pequeños tener de vuelta a su padre fue todo un acontecimiento. A pesar de que no contaban con información concreta de lo que sucedía, captaban la ansiedad y angustia en los rostros de su madre y de la abuela. Incluso Francisca no era capaz de disimular la tristeza y constantemente, pañuelo en mano, se secaba las lágrimas sin saber que era observada por los pequeños de la casa. Si una cosa tenían clara a pesar de las excusas que les daban cuando preguntaban por su padre, era que algo iba mal.

Muy mal, de eso estaban seguros.

Durante los días que John estuvo detenido, Bruno siguió asomado a los barrotes de la ventana de la sala de lectura imaginando que su padre hablaba con Manuel y fumando un cigarrillo esperaba dentro del coche a que éste abriera la puerta. Sin embargo, con lo único que se encontró, durante estos días, fue con el saludo de Manuel. Desde el primer momento, desde hacía varios años, supo que Bruno les observaba cada mañana desde la ventana del primer piso.

Tras el recibimiento que Antonia y Bruno hicieron a su padre al volver de la comisaría, el pequeño tomó la palabra.

—Papá ¿Por qué te llevó la Guardia Civil?

—¡Son los mismos que se han llevado al abuelo!— exclamó Maura, aún asustada por la suerte que hubiera podido correr su hijo— aunque está vez iban de uniforme.

—Madre, por favor...

La abuela abandonó el salón para no tener que soltar todo el odio que llevaba dentro. Mañana volvería a la calle a continuar con la búsqueda de su marido.

—Verás hijo, estamos en guerra y en estos momentos las personas no atienden a razones. O estás en un bando o estás en otro.

Bruno y Antonia asistían en silencio a las explicaciones que su padre intentaba darles sin mucho éxito. La voz de Francisca avisando que la comida estaba en la mesa puso punto y final a la conversación, que John y Candela sabían que otro día continuaría. Bruno se iba a encargar de ello. A sus once años las preguntas no cesaban.

“O estás en un bando o estás en otro”, estas palabras se quedarían grabadas en su mente durante mucho tiempo.

Después de comer, los niños se fueron a jugar a sus habitaciones. Maura, John y Candela se quedaron en el salón. Aún resonaban en sus cabezas las palabras que Marcial les había dicho antes de despedirse de ellos.

—Si pueden salir de Madrid, háganlo. Esos dos individuos pueden volver a intentarlo y si no estamos mi hijo o yo no sé qué puede ocurrir.

—Jamás me iré sin saber dónde está mi marido— apuntó Maura convencida con los brazos agarrados al chal y cruzados sobre el pecho.

Con la taza de café en la mano, Candela daba vueltas y vueltas con la cucharilla, sopesando si continuar con el tema de conversación de la mañana. Quizá Marcial tuviera razón y debían plantearse salir de Madrid hasta que todo terminase. John la leyó el pensamiento.

—Es posible que estéis más seguros, los niños y tú en Salamanca, con tus padres— propuso.

Candela miró a Maura buscando apoyo. Su idea no pasaba por tener que separarse de su familia. Era lo más importante que le había sucedido y no quería renunciar a ello. Maura se la quedó mirando, tras dar un último sorbo a su té y andar los dos metros que las separaban tomó asiento junto a ella.

—Candela, yo no voy a dejar de buscar a mi marido— tomó la mano de su nuera entre las suyas— Mi sitio está aquí. Si algún día le encuentro, aunque nada más me entreguen su cuerpo, te prometo que una vez que le haya dado cristiana sepultura me uniré a vosotros. Pero antes no, no puedo— concluyó en un hilo de voz.

La decisión de partir hacia Salamanca la tomaron esa misma noche en la que John fue puesto en libertad. Encerrado en la sala de lectura buscaba la manera de poner a su familia a salvo. Podía cobrarse algunos favores, pero no era su primera opción, quería que la partida de los suyos se desarrollase con la mayor discreción posible.

El principal obstáculo con el que se encontraban era la salida de Madrid, a pesar de que no había, hasta el momento, mucha organización entre los diferentes aliados que defendían la ciudad. Un coche con su mujer y los niños llamaría la atención, sin duda.

Sin embargo, la solución la tenía en su propia casa.

Dos pequeños golpes en la puerta le devolvieron a la realidad.

—¿Sí? pasa por favor.

—Don John...— Manuel entró con el semblante serio, parecía no ser portador de buenas noticias.

Con un gesto John le indicó que se acercara y tomase asiento junto a él. El cochero llevaba casi una década con su familia. Primero trabajó para el despacho del abuelo Martin, pero cuando su mujer, Francisca quedó embarazada, Manuel se instaló en casa de John. Cuando ella volvió a sus tareas como ama de llaves y cocinera, su

marido pasó a encargarse del carruaje primero y más tarde de los coches, para los que tenía unas manos extraordinarias. No había reparación que se le escapara.

Manuel y Francisca habían sido padres tardíos, ella contaba, en ese momento, los treinta y cinco y él se acercaba a los cuarenta. Hoy, más de una década después, continúan trabajando para la familia Hayward en la que se sienten como parte de ella. Así se lo hacen saber a menudo a pesar de que Manuel y su mujer insisten en que su lugar es otro, y están contentos así.

—¿Sucede algo, Manuel?

—No, no es nada grave, verá— no había manera de que se tutearan, John lo dejó por imposible, permitiendo que se expresara como mejor se sintiese— Bruno me ha dicho que tienen intención de viajar a Salamanca.

—Sí, pensaba comentároslo cuando tuviera alguna idea de cómo y cuándo hacer el viaje.

—Yo tengo una que en estos tiempos que corren puede ayudar...— dejó a medio terminar su propuesta con la vista fija en las puntas de sus zapatos.

Algo le sucedía al bueno de Manuel y John estaba dispuesto a averiguarlo cuanto antes. Se puso en pie, seguido de la mirada del cochero se hizo con la botella de whisky, tras rellenar dos vasos, tomó asiento de nuevo.

—Cuéntame esa idea, viniendo de ti seguro que se trata de algo imposible de rechazar. Te escucho, pero antes pruébalo— propuso cruzando una pierna y dando un sorbo.

El trago de Manuel fue algo más largo, lo necesitaba.

—Bien, creo que tengo la manera de poder salir hacia Salamanca en coche, pero tiene que hacerse rápido, muy rápido —apuró su segundo trago— no más tarde de un par de días.

—Las autoridades aconsejan abandonar Madrid debido a problemas de abastecimientos, pero temo los controles de...— John intentó intervenir si mucho éxito.

—Sí, sí, eso dicen, pero de noche todos los gatos son pardos. Puedo conseguir un salvoconducto de la CNT, a la que pertenezco por mi padre, para que nos dejen pasar y no tener problemas— expuso de corrido sin apenas tomar aire.

Al terminar apuró su último trago. En silencio se quedó mirando a John, como un escolar espera una reprimenda de su profesor por alguna acción realizada y confesada.

John se le quedó mirando a su vez sopesando lo que acaba de escuchar. Hasta el momento era lo más parecido a un plan que tenían. El éxito o no dependería de la calidad del salvoconducto.

—¿Podrás conseguirlo? Parece una gran idea— convino John incorporándose.

—¿Eh? Sí, sí creo que sí —respondió como distraído— esta noche saldré a buscar a la persona adecuada. Mañana, o en unas horas, si todo sale bien lo tendré.

—Dime, sé que hay algo más que te preocupa.

—Decía que estoy afiliado a la CNT...

—Sí, te oí, no tengo nada contra los sindicatos, Manuel.

—Sabe que son los que le vinieron a buscar con la Guardia Civil y pensé que quizá no querría saber de mí o que pondría el grito en el cielo.

John cogió los vasos de la mesa y se acercó al mueble bar.

—Sé que esos dos individuos trabajaban en la fábrica y pertenecen a la CNT y que por motivos que desconozco destilan un odio intenso hacia mi persona, pero eso nada tiene ver contigo.

La puerta de la sala de lectura se abrió.

—He acostado a los niños...—dijo Candela—...disculpad, no sabía que estabais hablando— miró a los dos hombres y regresó sobre sus pasos

—Señora— Manuel se puso en pie.

—No, no, pasa Cande. Creo que Manuel nos va a proporcionar la solución al viaje a Salamanca.

El cochero abandonó la habitación unos minutos después. Pasada la media noche regresó feliz con el salvoconducto en la mano. John, Candela y Francisca no se habían movido de la sala de lectura, ansiosos aguardaban su regreso. Mientras esperaban habían llegado a un par de conclusiones que deseaban compartir con Manuel. A la primera de ellas accedió, igual que lo hizo su mujer unos minutos antes. Su hijo Pepo se uniría al grupo de partida. A la segunda, aunque él insistió, Francisca no dio su brazo a torcer. Ella no se movería de la casa. Sería más útil a los señores si continuaba en Madrid, a pesar del dolor que le suponía separarse de su pequeño. Faltaba preguntar a María, la doncella. Deberían acelerar los preparativos del viaje todo cuanto fuese posible, no había tiempo que perder.

Dos días más tarde partían de Madrid, Candela, Antonia, Bruno, Pepo y María, que no había querido dejar sola a su señora con los niños. El cochero les llevaría a Salamanca y como desconocían las dificultades que Manuel se podía encontrar a su vuelta, decidieron que quedaría a su elección el momento más oportuno para regresar, suponiendo que fuese posible su vuelta. El desarrollo de los acontecimientos marcaría los pasos a seguir.

Para los pequeños no dejaba de ser una aventura. Iban a pasar unos días en casa de los abuelos. Jugarían con sus primos a los que hacía tiempo que no veían, su nerviosismo se palpaba en sus caritas sonrientes. Candela se esforzaba en parecer feliz por el viaje, pero no era fácil, dejaba en Madrid a John.

“Serán unos días o unas pocas semanas a lo sumo. Después, volveremos a Madrid y estaremos todos juntos de nuevo. Será como hacer una visita a mis padres, además hace tiempo que no ven a sus nietos y con lo rápido que crecen...” se decía para animarse.

Los meses pasaron.

Y los años.

3

MADRID~SALAMANCA

1936-1939

Habían acordado despedirse en la propia casa sin salir al portal, ni agitar los brazos en alto. Menos aún dar muestras públicas de que la partida del coche no era una partida más, diaria, durante la cual el cochero trasladaba a la familia a cualquier sitio, quizá al cine, que permanecían abiertos, o al Pardo. Cualquier cosa antes que dejar la más mínima pista que indicara a quién les viese despedirse que no había nada de rutinario en esa salida, si no un viaje, una huida de uno de los epicentros de la guerra, Madrid. En esos momentos se pensaba que en la capital no tardaría en desatarse una feroz ofensiva y no menos encarnizada defensa de la ciudad.

Ese era el sentir de los habitantes de Madrid.

No se equivocaban. Les esperaban más de dos años de asedio.

Hasta el momento de la partida, John continuaría con la rutina diaria en el bufete de abogados, donde iba cada mañana. Trabajo no le faltaba, si acaso clientes con dinero para pagar por su defensa. En ocasiones aceptaba encargarse de algún juicio a pesar de que sabía que no le iban a pagar por ello. No era el suyo un bufete que cobrara bajos emolumentos, precisamente, pero entendía, a título personal, que la vida a veces pone en situaciones complicadas a personas que nada han hecho para encontrarse ante ellas. Situaciones, muchas veces, creadas por la usura de unos pocos a los que nada les detendría con tal de ir enriqueciéndose a costa de los más desfavorecidos. En estas ocasiones o contaban con un buen abogado, o lo perderían todo.

John lo era y de los buenos.

Lo aprendió todo del mejor, de su padre. Ni éste ni los demás socios veían con buenos ojos la faceta altruista de John. Más que nada porque la vida que llevaban se la podían permitir gracias a sus clientes y los éxitos conseguidos con las interminables horas dedicadas a su trabajo. Se podía echar una mano o atender algún caso puntual, pero no como norma. Acordaron aceptar asuntos de este tipo, cuando así surgiesen, uno o dos al año, como máximo.

Ahora las cosas estaban cambiando. El concepto de justicia había dejado de tener la consideración de algo que se imparte. Desde hacía unos meses, cada vez un mayor número de pequeños grupos la tomaban por su mano sin que nadie hiciera nada por evitarlo y menos aún por celebrar juicios justos.

Él sabía muy bien de lo que hablaba. El abuelo Martin había desaparecido gracias a la acción de uno de estos grupos. Con el paso de los meses, este fue el caso al que John y Maura dedicaban con empeño la mayor parte del día. El resto, el abogado asistía a algunos juicios que debían tener la condición de no ser políticos. Delitos de faltas, robos, herencias. Era la única posibilidad de que la

justicia pudiera asomar la cabeza en la sala del juzgado. Aunque le costara reconocerlo, ejercer su profesión le servía como válvula de escape. Era una forma de recargar pilas para iniciar de nuevo la búsqueda de su padre. Su madre no lo veía de este modo.

Maura...

La abuela Maura recorría cada comisaría, cada cuartel de Madrid, unas veces sola, otras, acompañada de su hijo. Buscaba en los registros de desaparecidos, analizaba cada fotografía, cada hoja colgada en los tabloneros de anuncios que pudiera contener cualquier información que le indicase el paradero de Martin. Cuando terminaba el recorrido, que le llevaba varias semanas, volvía a empezar de nuevo. Los libros con fotografías de personas desaparecidas iban engordando y ella los estudiaba como si fuera la primera vez.

Nada, ni el menor rastro de su marido.

Visitó los diferentes hospitales una y otra vez, con la esperanza de que alguien lo hubiera encontrado malherido y le hubiese llevado a urgencias o que se hubiera escapado y no supiera dónde se encontraba o quién sabe, quizá le estaban cuidando y como puede que no llevara documentación, los doctores desconocerían de quién se trataba, o quizás...

Cada día que pasaba, a Maura se le agotaban los argumentos que le daban un mínimo de esperanza de encontrar al abuelo Martin. Aún así no pensaba desistir. Tener noticias suyas era lo que le daba fuerzas para levantarse cada mañana.

Ese fue su día a día durante los siguientes tres largos años.

El día de partida había llegado.

—Niños, quiero que estéis en silencio— ordenó Candela vuelta hacia atrás en el coche cuando vio que se acercaban a un puesto de control, pasado El Pardo— ¿Entendido?— los tres asintieron moviendo levemente sus cabezas. María, la doncella, apenas logró esbozar una suave sonrisa de ánimo.

Convinieron que no sería apropiado viajar en un coche tan reluciente como el suyo. Esa mañana, unas horas antes de salir, Manuel y John se dedicaron a hacer todo lo contrario a lo que el cochero se afanaba cada día. Mancharon el coche, lo ensuciaron, incluso lo rallaron. Manuel aflojó uno de los focos delanteros ante la atenta mirada de John.

—A la vuelta lo volveré a dejar como nuevo— señaló sonriente.

—No lo dudo Manuel, no lo dudo.

La vestimenta de todos lo que partían hacia Salamanca pasó un examen similar al del Ford. Nada de ropa con aspecto de recién estrenada. Ni sombreros, ni corbatas, ni joyas. Incluso Evarista sufrió algún retoque, que su mamá Antonia no vio con buenos ojos. Pero todo fuese por jugar a los disfraces. Todas las precauciones serían pocas en cuanto les parasen en algún control.

Ese momento no tardó en llegar.

—¡Alto!— un miliciano con el fusil colgado del hombro y el brazo levantado se situó en medio de la carretera.

Manuel detuvo el vehículo. Otros dos compañeros se acercaron por la derecha y husmearon en el interior del coche.

—¡Camarada, dame buenas noticias y dime que venceremos!— exclamó Manuel sacando la cabeza fuera de la ventanilla con el puño en alto.

Antes de contestar, el miliciano acomodó su fusil apuntando al interior del vehículo y se acercó a paso lento. Parecía que se trataba de camaradas, pero debía asegurarse, aún quedaban muchos amigos de los fascistas en Madrid y ese coche seguro que pertenecía a alguno de ellos. Manuel aprovechó el lento caminar del hombre para, discretamente, hacerse con el salvoconducto y agitarlo en el aire.

Candela se esforzaba en dibujar lo más parecido a una mueca que sus labios eran capaces de mostrar. Su bonita sonrisa, por forzada que fuera, pareció agradar a los dos individuos que, pegados en el cristal de su ventana, no perdían detalle de las dos mujeres.

El que parecía ser el jefe, al reconocer el sello de la CNT estampado en la hoja que le mostraba el conductor del coche, se relajó.

—Salud, camarada— repuso al fin.

Tomó entre sus manos la hoja que Manuel le ofrecía. La leyó atentamente y sonrió.

—A partir de aquí no podemos protegeros, los fascistas pueden aparecer en cualquier lugar, aunque con suerte no encontraréis ninguno hasta más allá de la sierra.

—Ahí nos dirigimos camarada.

—Así que el coche este era de tu jefe ¿eh?— apuntó señalando el salvoconducto.

—Como dices, era. En el lugar que está ahora mismo no le hace falta— soltó Manuel entre risas que fueron seguidas por los tres milicianos.

El que parecía el jefe dio media vuelta. Agitando el fusil en el aire ordenó a sus hombres situados unos metros más al fondo que les dejaran pasar el control.

—Camarada...— con el brazo extendido y la mano abierta Manuel le pedía la hoja.

Este se quedó mirándola unos instantes, después la dobló por la mitad y se la entregó al cochero.

Tras despedirse, deseándose la mejor de las suertes para combatir a los rebeldes, Manuel aceleró. Nadie de los que iban en el coche dijo una sola palabra hasta unos minutos después. Ni siquiera los niños que hasta un momento antes del llegar al control no habían parado de hablar. El miedo pasado aún se reflejaba en sus serios semblantes. Si algo bueno les acompañaba era el tiempo. No había nubes y la temperatura era más alta de lo que en los primeros días de noviembre suele ser habitual en Madrid.

—No quiero ni saber lo que pone en esa hoja, Manuel— Candela rompió el incómodo silencio— pero sea lo que sea me alegro que nos haya servido para que nos dejaran pasar. Gracias.

El cochero le dedicó una sonrisa.

—No tiene porqué dármelas, señora.

Mientras conducía, Manuel se acordó de su padre. A él fue a quién le pidió dos noches atrás el salvoconducto. No fue fácil explicarle que lo quería para poner a la familia de John a salvo. Iría con ellos hasta Salamanca con Pepo.

—¿A salvo dices?— el padre de Manuel le miró fijamente, era hombre de la vieja escuela— Somos nosotros los que tenemos que estar a salvo de ellos. Te explotan hijo, y aún no te has dado cuenta. Eres un infeliz y serás un maldito esclavo toda tu puñetera vida.

—Francisca, Pepo y yo somos como de su familia. Nos tratan muy bien y nos...

—No, no me interesa lo que me vas a contar. ¡Ahora es el momento de que paguen por todo ¿O es que no lo ves?!— exclamó su padre elevando más y más la voz.

—Soy yo el que debe pagarles, hazlo por mí y por tu nieto.

Su padre era un hombre tozudo, muy tozudo, pero sabía reconocer, al menos cuando se encontraba a solas, que su nieto, su querido Pepo, estaba muy contento en aquella casa. Cogió un papel con el membrete del sindicato y lo firmó. Después tomó otro y tras escribir durante unos minutos y estampar su rúbrica le entregó ambos a su hijo.

—Este te lo dejo para que lo rellenes como quieras. Lo hago por Pepo— aclaró camino de la puerta del salón de su casa que abandonó sin despedirse de su hijo.

Manuel permaneció con la vista fija unos instantes en el hueco de la puerta por el que su padre había salido segundos antes. Tenía la amarga sensación que esa noche sería la última vez que le iba a ver. Volvió la vista hacia los documentos que tenía entre manos.

Sonrió.

—Será orgulloso...—murmuró para sí.

El suave, rítmico y conocido taconeo de unos zapatos le hizo levantar la cabeza.

—No le tomes en serio, hijo— pidió Carmen, su madre.

De pie junto a la puerta observaba como el tozudo de su marido se alejaba camino del dormitorio

—Es buena persona y sólo quiere lo mejor para ti— con sus pequeñas y arrugadas manos entrelazadas buscaba la comprensión de su hijo.

—Lo sé, madre. Pero tanto odio no es bueno.

—Cuidate y poneos a salvo. ¿Sabes? Pepo nos habla maravillas de Bruno y su familia, yo les estoy muy agradecida, Manuel— puso sus manos sobre la cara de su hijo.

—Nosotros también madre, pero papá...

—Pierde cuidado por él. Sé que está orgulloso de ti, hijo. Pero ya sabes que es un cabezota redomado.

La batalla de la defensa de Madrid comenzó dos días después de que Candela y los suyos atravesaran el control republicano. Ellos no lo sabían, pero de no haberlo cruzado ese día, ni el salvoconducto aportado por el padre de Manuel les hubiese servido para continuar el viaje.

En Salamanca les esperaban los padres de Candela, Lorenzo y Rafaela, que aún vivían en la vieja casa encima de la joyería que regentaba su padre, a un par de manzanas de la Plaza Mayor, dónde ella se crió. La alegría por la vuelta no fue todo lo feliz que hubieran deseado.

—¿Fermín? ¿Está en el taller?— preguntó Candela nada más acomodarse y dejar a los niños con María y Manuel repartiendo el equipaje en sus habitaciones.

En los rostros de Lorenzo y Rafaela apareció de nuevo el dolor que se había instalado en ellos cuando, unas semanas atrás, les comunicaron que su hijo Fermín había sido abatido por el ejército nacional en una emboscada frente al Palacio Episcopal, donde estaba instalado el centro de mando del general Franco.

—Pero ¿qué hacía allí?— quiso saber Candela, con un hilo de voz.

—Dicen que un grupo de republicanos armados intentó entrar en el Palacio — apuntó su padre.

—¿Fermín con un arma atacando el Palacio?— repitió incrédula— Eso no es posible.

—Pienso como tú, hija —intervino Rafaela— pero es lo que nos dijeron en la Guardia Civil.

—Nos entregaron su cuerpo cosido a balazos y le enterramos junto a la familia— indicó su padre.

Les dejó hablar, lo hacían despacio, como si les costase pronunciar cada palabra. Los pensamientos de Candela iban de atrás hacia delante...

Atrás, cuando de pequeña corría con su hermano por la Plaza Mayor, jugando al escondite, o cuando una Navidad se le cayó encima a Fermín un enorme muñeco de nieve y no podía quitárselo de encima.

Hacia delante, ahora, frente a sus padres. Llorando las dos mujeres, Lorenzo haciendo esfuerzos por no dejar salir una lágrima. Hablaban y ella escuchaba. Algo más iban a decirle.

—Nos interrogaron durante horas, hija. Querían saber si somos republicanos— dijo al fin su madre.

—¿Os hicieron algo?— Candela no quería ni imaginar lo que les podía haber sucedido.

Rafaela tenía a su hija agarrada de la mano. Ambas observaban a Lorenzo, que se había levantado y permanecía de pie con la mirada perdida frente a la ventana del salón.

—No, hija. Tu tío nos sacó de ahí— respondió su madre, viendo que su marido parecía estar a kilómetros de distancia.

—¿El tío Francisco?

—Sí, ahora es presidente de la Diputación.

—¿Qué dice de la muerte de Fermín?

Lorenzo y Rafaela intercambiaron sus miradas y asintieron. Él tomó asiento en una butaca frente a ellas. Antes de hablar se aclaró la garganta. Lo que diría a continuación le iba gustar a su hija lo mismo que les gustó a ellos la primera vez que lo escucharon.

Nada.

—Dijo que lo dejemos pasar...

—¿Cómo?— Candela se puso en pie con el rostro desencajado— ¿Que lo dejemos pasar?

Durante los siguientes minutos, Rafaela y Lorenzo se esforzaron en hacer comprender a su hija que el tío Francisco no pretendía que quedara en el olvido la

muerte de Fermín, sino que le diéramos tiempo para investigar qué había sucedido. Aunque la investigación oficial no dejaba lugar a dudas.

Mientras tanto, Bruno, Pepo y Antonia, con Eva entre sus brazos, investigaban la casa de los abuelos de Salamanca, como así los llamaban. La pequeña era la primera vez que visitaba la ciudad. Los últimos años fueron sus abuelos, junto con el tío Fermín, los que preferían desplazarse hasta Madrid.

Para Bruno no se trataba de la primera vez. Había visitado esa casa en un par de ocasiones, y eso le confería cierto conocimiento, y por tanto, poder, a la hora de investigar las habitaciones y algún que otro lugar secreto.

En una casa como esa lo primero a lo que se podía jugar era a las escondidas, y quién si no Bruno, lo iba a proponer. A Pepo le tocó buscar a los dos hermanos pasillo arriba, pasillo abajo. Subir y bajar las escaleras le costaba más, así que dio por hecho que no se habían escondido en el piso de abajo, y que permanecerían dónde él se encontraba. En alguna habitación tenían que estar.

Había acertado a medias. Bruno bajó los escalones despacio, evitando que la madera crujiere. Si Pepo bajaba le oíría perfectamente, tenía toda la planta para esconderse en cuando oyera su arrítmico caminar.

Desde el lugar en el que se hallaba escondido podía ver el ir y venir de María, junto con Manuel y Visi, la señora que trabajaba con sus abuelos y que le había llenado de babas con tanto beso, cuando le vio llegar unas horas antes. Se encontraba justo detrás de las escaleras, lugar idóneo para escuchar a su madre hablar con sus abuelos. Su tono parecía desconsolado.

“Algo le ocurre a mamá”

Optó por cambiar su escondite por otro más cercano a la puerta. Con curiosidad al principio y triste, muy triste después, escuchó como el abuelo Lorenzo hablaba de la muerte de su tío Fermín, su padrino.

Su cabeza hacía esfuerzos por entender los sucesos que estaban afectando a su familia en los últimos tiempos.

“¿Por qué nos pasa esto?”

Unas semanas antes se habían llevado a su abuelo Martin, aún soñaba con las palabras de la abuela Maura cuando histérica entró en su casa diciendo que se habían llevado al abuelo. Más tarde a su padre, pero su madre y la abuela le habían encontrado gracias a Marcial. Ahora el tío Fermín. Sentado en el suelo, junto a la puerta del salón, con las rodillas pegadas al pecho, Bruno lloraba en silencio.

“O estás en un bando o estás en otro”

Las palabras de su padre se repetían una y otra vez en su cabeza.

La puerta del salón se abrió de repente.

Las miradas de madre e hijo se encontraron, como buscándose. Bruno se secaba las lágrimas mientras, despacio, se incorporaba.

—¿Nos has oído hablar?— quiso saber Candela con sus brazos sobre los hombros de él. Observaba la infinita tristeza que reflejaba el rostro de su hijo.

Bruno asintió.

—¿En qué bando estamos, mamá?— preguntó sin saber muy bien lo que significaba y menos aún las posibles opciones que se pudieran plantear a su pregunta.

—No hay bandos, hijo. Estamos en guerra en los dos bandos. ¿Lo entiendes?

Bruno la miró en silencio unos instantes, como si buscara en su cabeza algo que le permitiera decir que lo entendía, que estaba todo claro. Su abuelo, su padre, su tío, ahora todo tenía sentido.

Pero no. No entendía nada.

Sólo se le ocurrió una pregunta. Sencilla.

—Si no hay bandos, entonces ¿Por qué peleamos?

Las noticias que llegaban a casa de Lorenzo y Rafaela, a través del tío Francisco, indicaban que los bombardeos sufridos los últimos meses en Madrid se habían incrementado con el asalto a la ciudad. Sentado en el sillón favorito de su padre, con una pierna sobre otra, informaba de las noticias que acababan de recibir en el cuartel, como quién se sabe dueño de la atención de los presentes. Se sentía importante.

—No durará mucho más, Candela. No te preocupes. En unas semanas verás como...

—¿Qué no me preocupe?!— con los ojos exageradamente abiertos miraba a su tío, que daba vueltas tranquilamente con la cucharilla a su taza de café— Mi marido, mi suegra, la mujer de Manuel, y ojalá mi suegro haya aparecido, aunque no tengo muchas esperanzas, siguen ahí ¡¿Y dices que no me preocupe?! Estáis bombardeando zonas civiles, de paso de la gente a su trabajo o a la cola de racionamiento.

Candela se puso en pie sin saber muy bien a dónde dirigirse. Pensar que Madrid estaba sufriendo una encarnizada guerra le impedía dormir cada noche y ya iba casi para un mes. Ahora su tío le venía con esas.

—Quiero decirte que la guerra terminará pronto. En breves fechas podrás volver, si así lo deseas, con John.

“Ojalá tenga razón”

—Lo siento, tío. Sé que estamos en guerra y muere gente. Lo único que deseo que esto termine cuanto antes.

—Habrá terminado todo mucho antes de lo que esperas— concluyó sonriente Francisco.

El presidente de la diputación se equivocó en su pronóstico.

La guerra llegó a su fin mucho más tarde de lo que Candela podía esperar. Lo que en principio apuntaba a una pobre defensa de la ciudad se convirtió en un asedio que duró más de dos años desde la predicción del Francisco. Candela se lo recordaba a su tío en cada ocasión que se le presentaba.

No todo iban a ser malas noticias. Durante un periodo de algo más de calma, y gracias a información facilitada por Francisco, Manuel pudo regresar a Madrid. Era año nuevo. Parte del viaje en tren hasta casi la entrada a la capital. A partir de ahí como pudo llegó hasta la casa de John, junto al Retiro, dos semanas después de partir de Salamanca.

Mientras tanto, Antonia, Pepo y Bruno hacían una vida más o menos normal. Esa era la intención de Candela y sus padres, pero era difícil que se abstraieran de todo lo que sucedía a su alrededor. El ambiente de guerra era imposible de esquivar. A finales de noviembre, apenas unas semanas después de llegar a Salamanca, los tres pequeños comenzaron a ir al colegio, situado a unos pocos minutos andando desde la casa de los abuelos.

Bruno y Pepo, a pesar de llevarse casi dos años de diferencia, asistían a la misma clase. Siempre iban juntos a todos los lados, al patio, en el recreo a jugar. Se sentaban en el mismo pupitre, lo compartían todo.

Bueno, todo, todo, no.

Lenita tenía muy claro que su preferido era Pepo. Se conocieron un día, los tres, antes de entrar en el colegio. El de las chicas estaba situado justo enfrente del de los chicos. Acababan de dejar a Antonia en la puerta. Como siempre le ocurría cuando otros chicos de su edad le conocían, lo primero que les llamaba la atención era su cojera.

—¿De qué os reís?— Bruno y Pepo se volvieron.

Una niña de unos diez años “o alguno más”, pensaron, se encaraba con tres chicos mayores que ella. Al que tenía más cerca le propinó un empujón.

—¿Qué haces, estás loca?— exclamó el chico mientras intentaba no perder el equilibrio agarrándose a sus amigos.

—¿Os creéis muy graciosos? ¿Eh?.

En Madrid, Bruno era el que defendía siempre a Pepo, pero éste había aprendido ya la lección. Si te acobardas, te pasan por encima y tu vida se convertiría en un infierno, como así le sucedía hasta que Bruno le enseñó que no debía temer a nadie de la escuela, menos aún si había chicas delante.

Ese era uno de esos momentos.

Pepo se acercó con sus pasos desiguales, despacio, pero serio. Bruno detrás. La chica se giró hacia los dos amigos al seguir la mirada de los tres chicos. Pepo casi pierde el equilibrio al ver esa cara tan llena de pecas de la pelirroja que le estaba defendiendo. Las chicas guapas siempre le hacían sentirse diferente, era en esos momentos cuando más se maldecía por su maldita cojera. Se sentía inferior, casi humillado. Pero esta chica le sonreía, como nunca antes lo había hecho ninguna otra.

“¡Qué chica más guapa!, seguro que se ha fijado en Bruno”.

Pepo no era consciente de que resultaba muy atractivo a las chicas. Esos rizos rubios le hacían muy interesante. Hasta que se ponía a andar, decía siempre él. Un leve empujón de su amigo le despertó y dio un par de pasos más.

Los tres chicos se miraban entre sí, no perdían detalle del pequeño corrillo que se iba formando a su alrededor. Además el chico cojo les sacaba media cabeza.

—¡Niños a clase!— Agustín, el bedel, asomaba la cabeza por la puerta que daba al patio— ¡Venga que llegáis tarde!

—Vámonos— apuntó uno de ellos.

Pepo, Bruno y Lenita se les quedaron mirando.

—No deberías meterte en problemas por mí culpa, pero gracias...— logro decir atropelladamente mientras con un leve gesto señalaba a los tres muchachos que se perdían por el interior del colegio.

—No tienes que dármelas, no me gustan esos niñatos— convino sonriente. A Pepo le pareció la sonrisa más bonita que había visto en su vida.

—Venga chicos, que se hace tarde— de nuevo Agustín les avisaba de la hora. La clase estaba a punto de comenzar.

Pepo se había quedado callado con la boca medio abierta mirando a la chica que había dado la cara por él. Ella mantenía su sonrisa.

—Pepo...— dijo Bruno, poniendo su mano en el hombro— tenemos que irnos.

—¿Eh? Sí, sí claro, yo...

Sin dejar de mirarla y arrastrado por su amigo entró a regañadientes en el patio. Bruno observó que desde ese preciso instante, la mirada de Pepo había cambiado. Estaba como ausente, en clase se quedaba con la vista fija en un punto concreto. De su cara se había apoderado una sonrisa bobalicona.

Como no podía ser de otra manera, al día siguiente, media hora antes de que Agustín apareciese vociferando llamándoles a clase, ya se encontraban los dos junto con Antonia, frente a la puerta del colegio esperando a que la chica pelirroja hiciese su aparición.

Pepo fue el primero en verla.

La verdad fue que Bruno le había dado con el codo para que mirase un imponente coche negro unos metros más adelante. Ambos seguían con la mirada al chófer que tras rodear el vehículo abrió la puerta trasera. Desde su posición Pepo pudo intuir, más que ver, como unos rizos pelirrojos aparecían de repente, para acto seguido, volver a desaparecer tras la puerta. Esta vez fue Bruno el que recibió el aviso con el codo de su amigo.

—Mira...—murmuró.

Lenita, tras despedirse de alguien que permanecía en el interior del vehículo y posteriormente del chófer, se encaminó hacia el colegio, pero en lugar de cruzar hacia el de las chicas continuó por la misma acera en dirección al de los chicos.

—Parece que busca a alguien— apuntó Bruno.

Bastó ese comentario para que las manos de su amigo comenzaran a sudar.

—¿Tú crees?

—Sí, mira, a ese de ahí.

Un chico que ambos dedujeron era de algún curso superior se acercó sonriente a Lenita. Estuvieron hablando durante unos minutos que a Pepo se le antojaron eternos. Su sonrisa inicial había desaparecido. En su lugar un rictus triste, de "más de lo mismo".

Antonia no perdía detalle de la cara de su hermano, ni de la de su amigo, que para ella era casi como otro hermano más.

—¿Te gusta esa chica?— quiso saber.

Pepo respondió con un escueto levantamiento de hombros.

Se acercaba la hora de entrar a clase. Dentro de poco tiempo aparecería el bedel por la puerta llamando a los rezagados. Los tres se pusieron en pie, pero antes debían acompañar a Antonia a su colegio. Con las manos en los bolsillos y los hombros caídos, Pepo avanzaba maldiciéndose por haberse creado ilusiones.

Una vez más.

—¡Hola!

Ambos se giraron despacio. Lenita estaba parada, sonriente, mirándoles. Se hizo el silencio durante unos instantes, en los cuales la más pequeña curioseaba las expresiones de los más mayores. Al final no pudo más.

—Hola, yo soy Antonia ¿tú quién eres?— preguntó interesada con sus ojitos bien abiertos, mirando a la chica de los rizos pelirrojos.

—Yo soy Lenita, amiga de Bruno y Pepo.

—Ah, ¿Entonces tú eres la chica que le gusta a Pepo?

La cara del aludido fue cambiando de color, de amarillento a rojo oscuro. Intentó decir algo para salir de la vergüenza que estaba pasando pero era incapaz de articular palabra alguna. Comenzó a tartamudear como si fuese un motor intentando arrancar. Los tres, Lenita, Bruno y Antonia le miraban esperando algún comentario, pero a pesar de tener la boca medio abierta nada partía de ella.

—Yo...

De improviso, las expresiones de los cuatro niños y las de aquellos que se encontraban junto a los colegios, se tornaron serias, el pánico fue poco a poco apoderándose de todos ellos. Las sirenas que alertaban de la cercanía de aviones enemigos se dejaron oír, histéricas. El sonido ronco de los motores incrementaba el pánico de la gente que corría en busca de algún lugar para refugiarse.

Los cuatro niños permanecían quietos, con sus caras apuntando al cielo.

—¡Ahí!— Bruno señaló un avión sobre el horizonte.

—¡¡Chicos!! ¡¡Venid aquí, vamos!!— Agustín agitaba frenéticamente su mano —¡Poneos a cubierto!

No se lo pensaron más. Bruno y Antonia delante, seguidos de Pepo y Lenita, que no quería dejar atrás a su nuevo amigo, comenzaron a correr.

—¡Venga! ¡Rápido!

—Pero yo soy chica— repuso Antonia señalando a Agustín la puerta de su colegio— No nos dejan...

—No te preocupes por eso ahora— exclamó el bedel— ¡Bajad por ahí al gimnasio! ¡Corred!

Sentados, con la espalda apoyada en la pared y las rodillas recogidas contra el pecho, decenas de alumnos y profesores, junto con algunos padres, esperaban el cese de las sirenas, cuyo aullido les ponía más nerviosos que la presencia de los propios aviones. Los llantos de los niños llenaban el gimnasio. Lo que en un principio se tomaron como un juego, se convirtió en angustia y miedo cuando vieron las expresiones de los mayores. Los más pequeños sienten que sucede algo malo aunque no sepan explicar lo que es.

Unos minutos después se hizo la calma.

Las sirenas enmudecieron. Los llantos no.

Nadie se movía. Los que no lloraban permanecían en silencio mirando hacia el techo como si pudiesen ver lo que sucedía más allá, en el cielo. Su imaginación se encargaría de mostrarles las imágenes de los aviones volando amenazadores sobre sus cabezas.

Un cuarto de hora más tarde, el bedel se puso en pie.

—No os mováis— ordenó Agustín— voy a ver si podemos salir.

Poco a poco se incorporó, a paso lento fue acercándose a la puerta. Más despacio aún la abrió como si temiese encontrar algo al otro lado para lo que no estuviese preparado.

Asomó la cabeza.

Ahí estaba Paco, su compañero, corriendo a voz en grito.

—¡Han bombardeado en Puente Ladrillo!— el grito de Paco se coló en el interior del gimnasio— ¡Han bombardeado en Puente Ladrillo!

Los profesores y los padres se miraron entre ellos. Ese barrio no estaba lejos de donde se encontraban.

—Podemos salir— Agustín abrió la puerta de par en par.

Para los cuatro pequeños fue una aventura, pero para Pepo fue algo difícil de olvidar, no por las bombas y el miedo pasado, sino porque Lenita mantuvo apoyada su cabeza en su hombro y permaneció agarrada a su brazo mientras estuvieron en el gimnasio. Fue su primer bombardeo juntos, pero no sería el último. Hasta el fin de la guerra sufrieron dos más, nada comparado con el constante asedio sobre Madrid, que ni Pepo ni Bruno fueron conscientes del mismo hasta su vuelta.

Desde ese día Pepo y Lenita pasaron juntos la mayor parte del tiempo del que disponían. Unos minutos antes de entrar a clase y otros más después, al salir, mientras esperaban a que vinieran a recogerla. Bruno les dejaba solos. Le gustaba ver contento a su mejor amigo, pero no podía evitar sentir cierto cosquilleo junto al pecho. Tenía que reconocer que Lenita le gustaba desde el primer día que la vio encarándose con aquellos chicos. Sin embargo, a pesar de que creía que disimulaba bastante bien, al menos Pepo no se había dado cuenta de sus sentimientos, a su hermana no pudo engañarle.

—¿A ti también te gusta, verdad?— Antonia miraba a su hermano agarrada de su mano.

Iban camino de casa después de despedirse de Pepo y Lenita junto a la puerta del cole. Bruno le pasó la mano por la cabeza y como respuesta le ofreció una media sonrisa junto con una mirada melancólica. Su hermana captó el mensaje sin dificultad.

—No te preocupes, yo no tengo novio aunque hay un chico que me gusta... un poco — confesó.

Había algo más que le preocupaba a Bruno. Cierto que Lenita le gustaba, pero había descubierto que había muchas chicas más y ésta era de su amigo. Lo otro a lo que continuaba dando vueltas en la cabeza era al tema de la guerra. A su padre John y al abuelo Martin se los habían llevado los que llamaban de la República, significase lo que significase eso. A su querido tío Fermín lo habían matado unos que eran los nacionales. El hermano de la abuela Rafaela, el tío Francisco, que es militar, era de ellos... ¿entonces? Otra vez volvían a su cabeza las palabras de su padre

“O estás en un bando o estás en otro”

“¿Cuál es mi bando?”

No iba a tardar muchos días más en averiguar que otra persona se hacía preguntas similares. Alguien a quién le sucedía lo mismo que a él. Bruno se encontraba recién llegado del colegio. Dejó a su hermana escaleras arriba camino de su habitación. El había ido a la cocina a por un vaso de leche. A la vuelta escuchó cómo la conversación, que había bajado de tono cuando Antonia y él entraron en casa, volvía a subir de nuevo. Se acercó al salón, escondido detrás de la puerta oía a su madre tan alterada como no recordaba haberla oído antes.

—¿Cómo te atreves a decir que mi hermano estaba avisado?— Candela miraba enfurecida a su tío Francisco.

—Todos sabíamos con el tipo de gente que andaba y ya sabes el dicho— apuntó convencido— desde que vives en Madrid no tienes ni idea de lo que sucede aquí.

Candela se había puesto en pie. La actitud de su tío le hacía perder los estribos y no era una sensación que le gustara, pero no se iba a callar.

—¿Así que me estás diciendo que habéis matado a mi hermano, al hijo de tu hermana, por sus ideas? ¿Ese es el motivo?— plantada a un par de metros de él le desafiaba con la mirada— No has tenido bastante con reconocer que no hubo ningún ataque al Palacio Episcopal y que por lo visto Fermín estaba en un grupo al que se le dio el alto y huyó...

—Si se hubiese identificado...— apuró el último sorbo de su taza de café.

—¿Cómo no iba a huir de un pelotón de militares?! ¿Eh? No tienes ni idea de lo que es la libertad de expresión, tío, ni puñetera idea.

—En guerra no hay libertad de expresión. Todos debemos estar unidos para combatir al...

—¿En guerra, dices? ¿Si la gana el Frente Nacional habrá, entonces, libertad de expresión? ¿Qué sabrás tú de eso? La única libertad de expresión que conoces es la que coincida con tu superior— señaló tras el sofá que ocupaban sus padres, que asistían en silencio a la discusión

—¡No te permito que me hables en ese tono!— el militar se puso en pie.

Bruno escuchaba alucinado la discusión y no menos impresionado por la actitud de su madre delante del tío Francisco, todo un militar condecorado.

—Por favor...— la voz de la abuela Rafaela se dejó oír.

Candela no había dicho su última palabra.

—¡Claro que no, Tío! ¡Tú no eres quién para permitirme nada! Por mí os podéis ir a la mierda tú, tus argumentos y tus permisos— exclamó Candela dejando salir toda la rabia que llevaba dentro camino de la puerta del salón.

—Pero hija no te vayas así— Lorenzo, en pie, miraba hacia el lugar que unos segundos antes ocupaba su hija.

Candela pasó junto a Bruno, al que no vio. Era consciente de que su hermano Fermín siempre se interesó por las asociaciones de izquierda, que daba la cara por lo que él consideraba justo, pero eso no le convertía en un asesino ni en nada parecido. Era muy buen chico, algo alocado, sí, pero buena gente. No haría mal a nadie, de eso no le cabía la menor duda

Posiblemente, pensaba camino de la cocina, mi hermano debía de haber sido más consciente de la situación que estamos viviendo y no poner en peligro ni a él ni a mis padres, quizá en eso el tío no esté del todo equivocado. Pero no puedo

con esa estúpida suficiencia, de estar cargado de razón. De ese creerse superior por ser militar.

Bruno observó a su madre mientras se alejaba. Al menos no era el único que no entendía nada. Aguantó unos minutos más escuchando las voces de su tío a sus abuelos sobre la educación, las mujeres y otras cosas más que no comprendió y que tampoco le preocupaban. El sonido del timbre de la puerta le hizo salir de su escondite y encaminarse a abrir. Era Pepo con su boba sonrisa, se le veía feliz, por fin, y eso era lo único que importaba.

Las visitas del tío Francisco a casa de su hermana se hicieron cada vez más espaciadas. El café de casi todas las tardes dejó pasó semana a semana al de los viernes. Fue así hasta el verano del 37. Unas semanas antes Candela se había incorporado como voluntaria de la Cruz Roja en un colegio que se había habilitado como hospital, para atender a los heridos que llegaban de distintos frentes, entre ellos el de Madrid.

De esta manera fue obteniendo noticias de primera mano de lo que acontecía en la capital. La conquista de la ciudad, tan anunciada por su tío, se hacía esperar. Mientras llegaba ese día había decidido colaborar de alguna manera con los heridos, de esa forma, estando ocupada tanto física como mentalmente, los días discurrían a mayor velocidad. La idea de hacerse voluntaria de la Cruz Roja partió de su hija, Antonia, una mañana a primeros de junio, en una conversación "entre chicas".

Era domingo antes de ir a misa, Antonia recorría el pasillo de la casa arriba y abajo una y otra vez. Al pasar por delante de la puerta del salón se detenía y, como distraídamente, lanzaba una mirada a su madre que esperaba en el sofá a que los abuelos se arreglaran para ir a la iglesia.

Candela sonreía al ver pasar a su hija con Evarista, que ya había recibido las primeras costuras en una pierna, cogida de un brazo y que llevaba a rastras. Al observarla mientras se detenía unos breves instantes bajo el dintel, creyó oír cómo le dedicaba un suave suspiro antes de desaparecer de nuevo.

Serían ya cinco o seis las veces que se repetía la misma escena cuando Candela, presa de la curiosidad, se dirigió a su hija.

—Antonia ¿sucede algo?

¡Pues claro que sucedía! Una no va estar como tonta arriba y abajo sin un motivo. Por fin su madre se había dado cuenta y la había llamado. No quería sacar un tema cómo ese así, sin más. Era cosa de chicas.

Antonia entró en el salón en silencio, esta vez con Eva pegada al pecho. De un pequeño salto tomó asiento junto a su madre, cruzó sus pequeñas piernas, y suspiró.

—Cuando te gusta un chico ¿Qué hay que hacer? Porque ellos sólo hacen tonterías delante de nosotras y a mí me gusta uno que está siempre callado.

Candela pasó el brazo por los hombros de su hija y sonrió para sí. Empezaba pronto, a los siete años recién cumplidos, con esas preocupaciones.

—Lo que se puede hacer es hablar con él. Puede que después ya no te guste.

Antonia frunció el ceño, extrañada. Se sentó de lado hacia su derecha y levantando la barbilla miró a su madre.

—Si él no habla conmigo, ¿Cómo le voy a hablar yo?— quiso saber con los brazos cruzados— si yo fuera Lenita...

—Dile que te acompañe.

—Pero si es mayor— apuntó cómo si su madre no se enterase de nada.

—Por eso te lo digo, como es mayor, puede ayudarte. Mira —Candela se puso en pie— mañana os acompaño al colegio y lo solucionamos.

“Ya va siendo hora de conocer a la famosa Lenita”

—La madre de Lenita va siempre de blanco y lleva una cruz roja, es enfermera y cura a los heridos y me va a dejar ir con ella cuando termine el colegio— soltó de corrido.

Al día siguiente, Candela esperó junto con Bruno, Pepo y Antonia la llegada del coche de Lenita, la niña que había robado el corazón a los tres pequeños. Al verla saltar del coche y salir corriendo con los rizos al aire, rebotando, como si fuesen estrechos y largos muelles, feliz, con una gran sonrisa dibujada en su boca, en dirección hacia donde se encontraban, no pudo por menos que sonreír. No le costó comprender por qué se sentían tan contentos junto a ella y su familia con quién habían ido a merendar a su casa en un par de ocasiones.

—¡Hola! Tú debes ser Lenita —Candela salió a su encuentro— Me han hablado mucho de ti. Soy la madre de Antonia y Bruno y una buena amiga de los padres de Pepo.

Si Lenita se sorprendió con la presentación de Candela no lo demostró, pero Antonia se dio cuenta de que su expresión, durante unos breves instantes, cambió.

Tras saludar a Lenita, Candela se encaminó hacia el coche. Ese día conoció a la madre de la pelirroja, Josefina, una rica y joven viuda, con la que entabló una amistad que perduraría con los años. Fueron las diferentes visitas que le hizo a Josefina en el hospital, algunas de ellas acompañada de Antonia, las que le convencieron de incorporarse a la Cruz Roja para trabajar codo con codo con su nueva amiga.

Esos años quedarían marcados para siempre en la cabeza de Antonia. De mayor tenía muy claro lo que quería ser; médico. Pero no un médico cualquiera. Le gustaba el trabajo de su madre y el de la mamá de Lenita con los heridos, pero envidiaba al hombre que entraba en la habitación con su bata blanca, miraba una hoja, luego al soldado que estaba en la cama, y sin más ya sabía lo que había que hacer.

Estaba decidida; sería médico de heridos.

Para Bruno también fue especial ese verano. A finales de agosto, en una fiesta en casa de Lenita, conoció a su prima, Nora. “Casi tan guapa o más que Lenita” decía a su madre y a sus abuelos. En esos momentos estaba muy lejos de sospechar lo que se escondía detrás de esos ojos oscuros como la noche. La sonrisa y la suave pero firme mirada de Nora hacían que Bruno se sintiera cada día más identificado con Pepo, sus distracciones y su boba sonrisa. Nora había llegado a la vida de Bruno tal y como desaparecería veintitrés años después.

De repente.

La suya fue una relación en etapas, algunas cortas, pero intensas.

Como sus vidas.

Los cuatro amigos pasaron juntos algo menos de dos años hasta su vuelta a Madrid. La estancia en Salamanca fue de aquellas que se quedan grabadas en la mente para toda la vida. Bruno conoció a la chica con la que se podía jugar a lo que sea, y hablar de todo. No había que hacer planes con Pepo por un lado y con ellas por otro. Los cuatro juntos eran capaces de divertirse, incluso a veces también iba Antonia y no les molestaba. A pesar de todo, la felicidad no era completa. Con el paso del tiempo iba siendo más consciente de que vivían tiempos de guerra, no sólo por los bombardeos que sufrieron sino por la cantidad de heridos y de ambulancias, de enfermeros y enfermeras que transitaban por Salamanca. Sin embargo, aún no sabía en qué bando estaba. Cuando lo quiso preguntar en su casa, nadie le respondió algo claro. Decían cosas como que todos eran hermanos y que las guerras nunca son buenas.

Ya, pero, o estás en un bando o estás en otro.

Tendría que decidirse antes de volver a ver a su padre.

—¡Don John! ¡Don John!— los gritos de Manuel al entrar en la casa se colaron hasta el salón. Casi sin aire, se detuvo unos segundos antes de compartir el motivo de su excitación.

John se quedó mirando al cochero aguardando a que retomara aliento. Maura apartó su labor y dejó caer las gafas, sujetas por un fino collar alrededor del cuello. Francisca, al oír los gritos de su marido, se acercó corriendo desde la cocina, donde preparaba una sopa de arroz.

—¿Te encuentras bien cariño?— se interesó la cocinera apoyando una mano en la espalda de su esposo.

Manuel asintió con la cabeza.

—Franco ha entrado en Madrid. ¡La guerra ha terminado!

Maura comenzó a llorar, el abuelo Martin llevaba más de dos años desaparecido. John se acercó a consolarla.

—Madre, se acabó— murmuró con las manos en la cara de ella mientras intentaba que levantase la cabeza y le mirara a los ojos— Ahora podremos saber algo más sobre el paradero de papá y los niños volverán a casa.

Por respuesta, Maura bajó y subió lentamente la cabeza. Su cara dibujó un esbozo de sonrisa.

Dos meses más tarde, a primeros de junio, la familia Hayward se reúne de nuevo en la casa de John y Candela junto al Retiro. El reencuentro fue una mezcla de lágrimas y risas, de alegría y de emociones guardadas, de miedos disipados. La alegría al volver a Madrid fue sustituida por angustia y horror al comprobar el aspecto desolador con el que les había recibido la ciudad. Por la cabeza de Candela, de María la niñera, de Bruno, Pepo y Antonia, que no habían abierto la boca desde que entraron en la capital, ensimismados como estaban contemplando la ciudad, pasaban todo tipo de imágenes que les mostraban la suerte que podían haber corrido John y los abuelos.

Tras los primeros días, con los ánimos más calmados, flotaba en el aire el velo de tristeza con que Maura salía cada mañana a recorrer las comisarías y cuarteles. Un par de días a la semana, acompañada de Manuel o de John visitaba los cementerios, en busca de Martín. Las últimas palabras de su marido aún las recordaba como si fuese ayer:

—No te preocupes Maura, estaré de vuelta antes de lo que crees.

Maura había visto todos y cada uno de los libros de desaparecidos durante la guerra. Casi se los sabía de memoria. Esa mañana, acompañada de John se acercó, una vez más al cementerio de Vallecas. No estaba dispuesta a perder la esperanza.

—Mira hijo— Maura señaló un libro que acababa de dejar un hombre mayor sobre la mesa. Era cómo otros que había ojeado en otras ocasiones, pero más grueso,

—¿Podemos?— preguntó John al hombre.

—¿Eh? Sí, claro, yo sólo soy el sepulturero— afirmó mientras se disponía a abandonar las pequeñas oficinas del cementerio.

—Disculpe ¿puedo hacerle una pregunta?

—Dígame señora— con el sombrero entre las manos esperaba la pregunta de la mujer.

—¿Trabajaba usted aquí en octubre del 36?

—Sí, señora.

—A mi marido se le llevaron el día uno y desde entonces nadie ha sabido decirme nada de él —apuntó con voz temblorosa— Hay muchas fosas comunes en las que no se sabe quién está enterrado dentro.

—Así es. Hemos tenido muchos entierros y poco tiempo para ello, pero yo siempre he apuntado todo lo que hacía —afirmó señalando el libro— Recogía la documentación y objetos personales de los fallecidos...

—Asesinados...— cortó Maura.

—Señora, yo...

—Disculpe, sé que es su trabajo.

—Verá ¿me permite?— pidió extendiendo su mano hacia John, que sostenía el libro. Con un gesto les instó a que le acompañasen a una habitación contigua.

Durante la siguiente hora estuvieron repasando ese libro y varios más, carnets y expedientes ordenados minuciosamente por el sepulturero. No sólo eso, también era capaz de documentar el lugar dónde se encontraba el cuerpo enterrado del propietario de cada informe que había en sus archivos.

Cuando llevaban revisado más de la mitad del cuarto libro, el hombre mayor pronunció suavemente las palabras que Maura deseaba oír desde hacía mucho tiempo.

Demasiado.

—Martín Hayward...aquí. Lo llevaron al Alto de Extremadura...— murmuró mientras ojeaba unos pequeños papeles que le entregó a la mujer.

—¿A la cheká del Alto de Extremadura?— más que una pregunta de John se trataba de una afirmación. Era el lugar donde eran interrogados los detenidos y juzgados en un procedimiento sumarísimo.

El hombre asintió.

Se puso en pie, con andares cansados se acercó a un armario del que extrajo una caja. Tras sentarse de nuevo, con gesto ceremonioso, levantó la tapa y extrajo unas gafas y un collar.

—Martin...—con los ojos cargados de lágrimas, Maura leía las notas— Sí, es de mi marido...—susurró emocionada al coger los objetos que el sepulturero le entregaba.

—Lo lamento, señora.

—Gracias, no sabe usted lo que significa para mí y mi familia haber encontrado a mi marido— aseguró con una triste sonrisa trazada en su cara— Gracias, de verdad.

La búsqueda de la abuela Maura había concluido. No sería hasta noviembre cuando pudo trasladar los restos de su marido al cementerio de La Almudena. Martin aún llevaba puesto el jersey que ella le había tejido el invierno anterior a su desaparición, y un pañuelo con sus iniciales en el bolsillo de la chaqueta.